

Soledad Puértolas. *Todos mienten*, Barcelona, Anagrama, 1988, 186 pp.

Tanto el título de esta obra como el diseño concienzudamente postmodernista de la portada señalan que entre sus tapas no vamos a encontrar ninguna verdad como un templo, sino más bien medias tintas y ecos preciosistas. Efectivamente. El personaje más admirable de la obra, Chicho, «ese perfecto mentiroso que acaso creía en sus propias mentiras» (p. 140), es el único que parece pensar que la verdad es susceptible de descubrimiento. Tal es el temple de los años que corremos.

*Todos mienten* es una especie de *Bildungsroman* cuyo protagonista/narrador va a acabar por aprender que la clave de adaptación del mundo adulto de hoy es la mentira. Hay dos o tres corolarios o si se quiere cómplices de esta clave, a saber: «la vida no es lo que parece» (p. 48); «los locos y los niños dicen la verdad» (p. 56); y otra —relacionada con ella y formulada en el mejor estilo no declarativo del postmodernismo—: *¿in vino veritas?* (p. 168). El resultado de la institucionalización del infundio es que la gente tiene cada vez más dificultad en entenderse (pp. 181-82). La solución de ese dilema —¿hace falta decirselo, querido/a lector/a?— no existe, aunque sí su simulacro supermatizado. El narrador lo encuentra en una frase escrita por un desaparecido padre, dramaturgo de éxito en un mundo incomprensiblemente remoto para el hijo. «Por alguna inexplicable razón, la frase me traspasó. La repetí varias veces como si hubiera en ellas alguna clave», machaca. El consejo de los ancianos es: «No es fácil para mí darte este consejo y no puedo pedirte que me obedezcas aciegas así que tendrás que confiar en tu instinto» (p. 90).

Aburre y frustra esta novela, como el dios casi finisecular manda. Porque los misterios sin solución que se privilegian en los textos actuales no divierten, no distraen, sino que miman y nos recuerdan las miles de historias frustradas que constituyen nuestras vidas, todas las cuales preferiríamos olvidar. Dentro de tal esquema, la obra de Puértolas es todo un logro. Juega con nuestro deseo de identificarnos a fin de perdernos: comienza a

desarrollar personajes entrañables; empieza a esbozar contrastes aparentemente significativos —entre el pasado y el presente, la tradición y el cambio, la verdad y la mentira, lo pragmático-productivo y lo artístico-intelectual-no productivo, lo femenino y lo masculino—; promete desvelar los movimientos de un personaje enigmático (Chicho el mentiroso). Pero como el antagonista del toro del poema de Miguel Hernández, deja nuestro deseo en una espada, burlado como el toro, burlado.

Es en este concepto del juego que se encuentra la clave, el detalle revelador de *Todos mienten*, una novela que sobre todo quiere estar en onda. Chicho, siempre atento a la moda, describe este último resorte de una década y de un siglo que están dando las boqueadas. El juego «es el riesgo por el riesgo, la gratitud de la ganancia y la pérdida. Eso es lo bueno. No hay que esforzarse para obtenerlo» (p. 129). El narrador en primera persona, al escuchar lo que Chicho le cuenta, termina por representarnos a nosotros, los lectores/escuchadores. Y lo que Chico cuenta es su búsqueda de un juego «muy sofisticado» cuya descripción podría ser la de la novela misma y de su efecto en el oyente/lector (el/nosotros): «estaba dándole vueltas a un juego, algo más complicado que el de la pirámide, un juego de verdad, como los de la infancia, una especie de escondite. Quise hacer una prueba y pensé en uno de tus pisos, uno que no te interesara a ti, para no implicarte, porque al fin y al cabo todos los juegos son turbios» (p. 138).

A Chicho, figurín de la nueva oligarquía de la movida y de los turbios asuntos financieros de la España socialista, le pasa lo que le tenía que pasar, estando como estamos en un estado... democrático (parafraseo la célebre y sarcástica oración de Martín Santos en *Tiempo de silencio*): lo detiene la policía, acusándolo de estafa. Al poco tiempo, con la ayuda de su adinerado suegro y un buen abogado, queda libre de todo cargo. Así son también los años que corremos, parecería indicarnos la autora, pero no. Como siempre en el texto, deja abierta otra puerta; y, si puede ser, justo enfrente de la que está cerrada. Hace que Chicho pague su estafa en casa, mejor dicho —no carguemos las medias tintas escogidas para esta novela— nos deja con la idea de que en un futuro no demasiado lejano la esposa de Chi-

cho lo va a hacer sufrir. Con esta sombra de lo que era la justicia poética nos tenemos que contentar.

Pero también nosotros tenemos derecho a jugar a esto: a afirmar algo para luego declarar que lo opuesto también es válido. *Todos mienten* no es una mala novela, y tampoco es buena. Por un lado tiene una cronología tan vaga que el mismo narrador se despista (cf. pp. 127, 131). Carece, supongo que adrede, de hilo hermenéutico, de manera que lo que mantiene el interés del que lee es la expectativa que alberga como lector bieneducado que espera que en algún momento —a ver si es *este* capítulo, por fin— algún asunto de fuste se vaya a materializar. La caracterización podría considerarse su punto fuerte, si no se abandonara después de los dos o tres primeros capítulos. El narrador es un ser que no toma cuerpo nunca; tardamos mucho, por ejemplo, en saber siquiera que es varón, y nunca llegamos a encontrarlo simpático.

Por otra parte, hay que reconocer que estas (acaso) deficiencias forman parte de la estética de la obra; el mismo estilo, muy llano y falto de adorno literario, entra en la onda contemporánea. También es cierto que *Todos mienten* logra burlarse de la intrascendencia impuesta por la corriente estética que atravesamos, permitiéndose «hacerse planteamientos», una práctica totalmente anticuada para los hijos de la nueva plutocracia (pp. 102, 109).

El único de estos dictámenes que los límites de espacio nos permiten considerar está figurado en el título: todos mienten, pero algunos lo hacen por razones éticas o afectivas y son loables mientras que otros, como Chicho, únicamente lo hacen para medrar y son despreciables. Quizá lo más original de esta obra sea el análisis de lo consubstancial de la mentira con la familia tradicional. Tres de ellas se perfilan en la novela: la de los abuelos paternos del narrador; la del narrador (su madre, su hermano y él); y la del hermano de su madre, el tío Enrique. En las tres, lo único que las ha mantenido no sólo unidas sino a flote son las mentiras piadosas, el encubrimiento caritativo, las percepciones imprecisas y el olvido voluntarioso. El drama esbozado en *Todos mienten* es la irrupción, en esta sociedad que ha sabido encontrar su equilibrio, de los nuevos mentirosos, los des-

castados al estilo de Chicho, que buscan remozar y explorar los viejos juegos familiares (incluyendo la mentira) para fines egoístas.

¿Cómo hacer frente a estos sabios ataques interiores a los cimientos de una sociedad? Por un tiempo, sugiere la novela, los antiguos valores imperarán todavía; en nombre de la familia y del futuro, el tío Enrique rescata a su yerno Chicho y hace encubrir sus crímenes. Los adultos que encabezan las tres familias lo tienen muy claro; para ellos, el futuro se concibe netamente en términos de sus descendientes, y toda mentira que ayude a éstos es buena. Pero para los jóvenes que han empezado a disgregarse del núcleo familiar, viajando y estudiando en el extranjero, rara vez reuniendo suficiente empeño como para encontrar pareja estable, el panorama no es tan claro. El drama del cambio que se ha operado en tan poco tiempo en la sociedad española lo viven agudamente los jóvenes: ¿qué mundo pueden forjarse cuando todo lo tradicional, cuando todo lo que era la vanguardia, «está quedando fuera de onda» (p. 163)? Viven, como dice el primo Hércules, «una vida provisional... Nunca sabes lo que va a pasar. Vives al día. A lo mejor te resulta un planteamiento frívolo pero el futuro no nos interesa» (pp. 108-09).

Este, pues, es el sentido de *Todos mienten*, una novela que cabalga entre un mundo caduco —la España de ayer a la noche— y un mundo que se está haciendo entre el timo y la inspiración, entre las mentiras piadosas y el fraude. ¡Que Dios nos coja confesados!

University of Florida

GERALDINE CLEARY NICHOLS

AA.VV. *Cuentos eróticos*, Barcelona, Grijalbo, 1988, 261 pp.

¿Será verdad que la literatura erótica está de moda, entre nosotros? La verdad es que no sabría qué decirles, pero es mala señal tanta insistencia machacona y tanto vano ajetreo. Quizá por eso de la moda, a Laura Freixas, autora de un excelente libro de cuentos y directora de la colección *El espejo de tinta* de la editorial Grijalbo, se le ocurrió pedir a una serie de autores un cuento erótico, «un encargo especialmente problemático».